

LA

MUERTE DE LAUTARO.

I.

El sol hundióse ya. Es esa hora
Melancólica i triste,
En que el llagado corazon que flora,
Mas negras sombras viste
Al cuadro de su pena roedora.
Hora en que acuden, en tropel confuso,
A la mente exaltada i delirante,
Risueñas esperanzas al amante,
Ilusiones de amor encantadoras
A la inocente jóven, que en su seno
Siente por primer vez que dentro mora
Un corazon de amor i encanto lleno.
Hora de melancólica belleza
En que naturaleza,
Toma un tinte sombrío, que al momento
Se imprime en el humano pensamiento.
Hora es que los recuerdos, que perdidos
Creemos para siempre, en la memoria
Aparecen de nuevo sorprendidos,
Dejándonos los vuelos atrevidos
De ese atahud de la pasada gloria.

Esa contemplacion pura i dichoza

En que se embebe el alma, en ese instante
 De silencio i de paz; la deliciosa
 Harmonía que forman murmurando,
 Los lijeros arroyos que delante
 De nuestros ojos pasan jugueteando;
 Todo, todo, los árboles del bosque,
 Que mecen lentamente su cabeza
 Parecen despedirse, saludando
 Con lugubre tristeza,
 Del día que veloz miran huyendo.
 Yo no se... pero entónces... ¡aí! cayendo,
 Como las aguas de un perenne arroyo
 Que va en la dura roca cauce haciendo,
 Las memorias de dicha o afliccion
 Royendo van el triste corazon.

El pensamiento recordando llora
 Los inocentes juegos de la infancia,
 La paz encantadora
 De los primeros años. La inconstancia
 De los fugaces goces de la vida,
 La inocencia tambien llora perdida:
 Lloro tambien las dulces ilusiones
 Que arder un tiempo su cabeza hicieron
 Las tiernas impresiones,
 I los dorados sueños de ventura,
 Que de galas vistieron
 La realidad oscura.
 Lloro los sueños de ambicion, de gloria
 I el corazon con lágrimas de fuego
 Lloro cuando le asalta la memoria
 De ese primer amor, —de ese que luego
 A ser viene la pájina querida
 En la lúgubre historia de la vida.
 De ese primer amor, recuerdo santo,
 Que nunca sorda la memoria encuentra:
 Misterioso recuerdo, cuyo encanto
 No abandona jamás el corazon
 Hasta el borde del lóbrego panteon.

En la hora de la tarde silenciosa,
 Cuando el yago crepúsculo ya estiende
 Su parda vestidura, misteriosa
 Al desesperado corazon descende
 Dulce melancolia,
 Que mitiga el dolor de su agonía.
 En esa hora de silencio i calma
 Los pensamientos plácidos del alma,
 O los recuerdos de fugaz ventura,
 Se revisten de tétrica amargura.

En esta hora, pues, allá en la falda
 De un alto cerro que domina el valle,
 Donde rizando su plateada espalda
 Desliza el Mataquito su corriente

Por entre árboles mil, que forman calle,
 Está concluido el fuerte, que prudente
 I guiado siempre por su ingenio raro,
 Ha hecho levantar el gran Lautaro.

Sereno el cielo está; i yace en calma
 Cuanto en torno se ve, i el aura leve
 Suspira apénas en la esbelta palma
 I la silvestre flor apénas mueve.
 Todo quietud respira:
 No así el jefe Araucano, que apartado
 De los suyos, suspira
 Cual si tuviera torcedor cuidado.
 Deja vagar errante el pensamiento
 I sombra oscurece de tormento
 Su noble frente. I sus ojos que brotan
 Intelijencia i vida, por do quiera
 Fijos están en la veloz carrera
 Del rio, que a lo léjos se dilata
 Como una franja de luciente plata

Pensativo lo tiene la noticia,
 Que un indio le ha traído de Santiago,
 Que dice será vana la pericia
 Del Araucano jefe, i que el estrago
 Que en él pensaba hacer es ya locura,
 Que una muerte temprana le asegura;
 Pues ya sus habitantes prevenidos
 Están i a todo evento preparados:
 Tras de fuertes murallas guarecidos
 Esperan los soldados,
 De toda municion abastecidos.

A él nada le intimida, que es en vano
 Tratar de intimidar a un Araucano;
 Pero lamenta en su ajitada mente
 La pérdida de un plan tan atrevido.
 Como el de hechar la rápida corriente
 De un río, al Español desprevenido. (1)
 Por tal medio, pensaba el gran Lautaro
 Que hubiera destrozado al enemigo,
 I que Santiago entónces sin emparo
 (I de esto no teniendo ni un testigo)
 Fácilmente en sus manos se entregara,
 Sin que gota de sangre le costara.

I le asaltan tambien en ese instante
 Las ideas queridas
 De patria i libertad, por quien mil vidas
 Gustosísimo diera i anhelante.
 Su pensamiento grande, inagotable,
 Como las fuentes que un raudal copioso
 Arrojan sin sesar, buscando ansioso
 Está, el medio eficaz, que librar pueda
 A su patria del yugo abominable

Que entonces la amenaza. Luego queda
 Sumido en meditaciones precursoras
 De algun grande proyecto que maquina
 Allá en su mente, que traerá ruina
 Al enemigo bando. Largas horas
 Pasó de esta manera,
 Cruzando por su frente, cual meteoros
 Por la azulada esfera,
 Proyectos tan grandiosos, que pudiera
 Con ellos libertar la tierra entera.

Esta meditacion al fin dejando
 Hacia el fuerte Araucano se encamina,
 Y a los suyos convoca i examina
 Atento, reparando
 Si animosos se encuentran i esforzados
 Sus bravos compañeros,
 Por ver si estos guerreros,
 Que en número se encuentran tan pequeño,
 Podrán salir airosos de su empeño.
 Al fin, habiendo ya mirado todo,
 Les habla con firmeza, de este modo:

« De vosotros, valientes Araucanos,
 La patria dolorida se ha fiado,
 Para que destrozéis con vuestras manos
 El yugo que amenaza vuestro estado.

« No dudo que lo hagais un solo instante,
 Pues que todos odiais la tiranía,
 Que oprimirnos intenta delirante,
 I hasta dudarlo solo es cobardía.

« ¿Quién de vosotros el menguado fuera,
 Que a yugo ignominioso abandonase
 Los campos donde vio la luz primera,
 Donde la tumba de su padre yace:

« ¿Quién los hijos queridos i la esposa
 I la divina libertad trocara,
 Por la cadena infame, ignominiosa,
 Que el déspota Español sobre él echara?

De infamia i de baldon siempre cubierto,
 Quien tal hiciera, su execrable vida
 Arrastrará cual fiera del desierto,
 Que ha manchado con sangre su guarida.

« En todas partes, cruel remordimiento
 Roerá su existencia sin cesar;
 En los suspiros lánguidos del viento,
 Escuchará sus víctimas llorar.

« Si dirije sus ojos hacia el cielo,
 Las nubes mirará de sangre llenas;

Si desesperado tórnalos al suelo,
Verá manchas de sangre en sus cadenas.

«En vano tatará los viles ojos,
Ni en el sueño huirán estos objetos;
Que entónces mirará de sangre rojos
Vagar en torno de él los esqueletos

De los padres i hermanos, que murieron
Combatiendo en el campo de la gloria,
Que a su patria cobardes no vendieron,
Ni dejaron de sí tal vil memoria:

I entónces le dirán con duro ceño,
Poniendo en él sus descarnadas manos:
¡Cobárde! tú entregastes a otro dueño
Los selenciosos bosques Araucanos!

« ¿Qué hiciste de tu patria, hijo maldito?
Qué de la libertad con que naciste?
Qué de tus compratriotas? Tu delito
No se borra jamás. Tu los vendiste.

« Arrastra esclavo tu cadena infame;
En vano lloras tu delito odioso,
Que aunque la muerte con furor te llame,
Ni en el infierno encontrarás reposo.(2)

« Pero no de vosotros, mis valientes,
La patria teme tal alevosía,
Que ántes se han de secar eternas fuentes,
Que mirar en vosotros cobardía.

« Teneis un pecho noble i jeneroso,
Que late al nombre de la patria amada;
Seguidme pues, sin miedo, el mal odioso
Cortemos de raiz con mano osada.

« Seguidme pues; mis brazos, compañeros,
Seguidme; i que las ruinas de Santiago,
Cuartel de esos soberbios extranjeros,
De sangre sean anchuroso lago.

« Nunca el valiente al enemigo cuenta,
Seguidme pues; volemós al combate,
De nuestro paso la señal sangrienta
Dirá que el Araucano no se abate.

Seguidme pues; la desastroza guerra
Término no tendrá, ni esta campaña,
Mientras haya Español en nuestra tierra
I hasta que hayamos conquistado España."

Lanzan entónces, de entusiasmo un grito
Las filas araucanas

Que estremece las rocas de granito
De las cóncavas grutas mas lejanas,
Satisfecho Lautaro les avisa
Que cuando brille ya la nueva aurora
Partirán sin demora,
Siendo muerte o victoria su divisa.

II.

Preciso es que dejemos un momento
Los valientes guerreros Araucanos
Para pasar al otro campamento
Donde se hallan los nobles Castellanos,
Que sin saber talvez han hecho asiento
Tenienno los contrarios tan cercanos;
I veremos tambien lo que sucede
En el tiempo del cuadro que antecede.

Mientras Lauraro hablaba sucedia
Que un indio cauteloso i atrevido
(Aunque nunca encontrar analogía
Entre indio i América he podido,)
Hácia el campo Español se dirijia
Pidiendo al punto ser introducido
Adonde estaba el jefe, asegurando
Que sabe donde se halla el otro abndo.

Villagran le pregunta en el instante
Si es verdad lo que ha dicho. I él responde,
Sin dejar entrever en su semblante
Que alguna conmocion o miedo esconde,
Que el enemigo se halla no distante
El Español pregunta pero en dónde
El Indio le contesta que lo siga
I que entónces verá donde se abriga.

«Decidme donde se halla, amigo mio,
Insiste Villagran, i yo te juro
Dejar la recompensa a tu albedrio:
I si así no lo haceis tened seguro
Que mañana sereis cadáver frio.»
Encontrándose el indio en tal apuro
Refiere a Villagran que escucha atento:
Donde está el enemigo campamento.

«A las armas soldados i marchemos,
Esclama Villagran, i no perdamos
Momentos tan preciosos: destrozemos
A ese jóven Lautaro a quien odiamos.
Hora desprevenido lo hallarémos
I caerémos sobre el: ea, partamos.»
El indio lo miraba sonriendo
Cual si dudase lo que estaba oyendo.

«Tú nos conducirás al Indio dijo,
Entónces Villagran. Pues yo creia
Que un exámen hicieses mas prolijo
De lo que ha poco rato te decia,
El indio contestó:—I yo te exijo
Que al momento marcheis siendo mi guía.
—En ese caso, bien, te llevo al fuerte
Donde en vez de victoria tendras muerte,

«Parece que a Lautaro no conoces
Cuando de frente piensas atacarlo:
El indio cuando ataca los feroces
Leones del desierto, por matarlo
No sale a su camino, ni con voces
I gritos lo prepara el acecharlo:
Por ocultos caminos es primero
Para darle despues golpe certero

«Sales tú algun camino?—Aquí he macido
I no es raro que sepa—¿Quieres guiarme
Con todos mis soldados?—Decidido
Me encuentro para hacerlo—Si engañarme
Con esto pretendéis? Punto concluido:
Entónces no teneis mas que dejarme.
Persuadió a Villagran esta entereza:
Que al indio daba la verdad firmeza.

«Por eso, dijo al indio, de tí fio:
Si he finjido dudar por un momento
Fue solo por probar tu heroico brio.
Para llevar a cabo lo que intento
Necesito de tí i en tí confio»
«El indio, dijo entónces, solo siento
Que no estemos allá para que vieras
Si son mis instrucciones verdaderas.

«Yo te conduciré por un sendero
Hácia el único punto descuidado
Por el jefe Araucano que altanero
No piensa que será por tí atacado.
«¿A qué hora llegaremos?—El lucero
No habrá la aurora próxima anunciado
Cuando estemos allí.—Partamos luego
I que todo perezca a sangre i fuego.

Secretamente Villagran ordena
Que al indio se de muerte si procura
Escaparse o burlarlos. Luego suena
Vago i dulce el clarin. Por la espesura
De los bosques se estienden, cual cadena
De fantásticos seres que en la oscuna
I negra noche vagan por do quiera,
Los Españoles con veloz carrera.

III

Cruza el espacio solitario i triste
 Como la virgen que ora en una tumba
 Escaso dando resplandor opaco
 Al bosque umbrío la callada luna.

Aca i allá errantes nubecillas
 En las rizadas aguas se dibujan
 I al punto desaparecen: cual se borran
 Las ilusiones que la vida endulzan.

A lo léjos los Andes se divisan
 Jigantes mudos que en silencio encumbran
 Al cielo sus cabezas pretendiendo
 Velar sus frentes en su inmensa altura

Moles enormes que a la mente humana
 Con su elocuencia persuasiva i muda
 Muestran su pequenez i la grandeza
 Del ser Eterno de quien fuera hechura.

¡Ai! cuántas veces en la tierna infancia
 Cuando todo en el mundo nos deslumbra
 Habremos contemplado con tristeza
 Esas moles cubiertas por la bruma,

Luego los años rápidos corriendo
 El cuerpo doblan, nuestra frente arrugan,
 I esas masas eternas allí están
 Sin que el tiempo las doble o las destruya.

¡Cuántas jeneraciones habrán visto
 Tornarse en polvo! ¡cuántas hermosuras
 Al nacer arrancadas, cuántos jenios
 Por el dolor ahogados en la cuna!

¡Cuánto verán aun! i el hombre siempre
 Soberano del mundo se figura
 I es su existencia un mísero suspiro
 Que el fastidio consumen i la duda.

Rei de la creacion i siempre llora
 I en la sonrisa de su labio oculta
 La serpiente feroz que lo destroza,
 Cuando la realidad deja desnuda.

Rei de la creacion, porque él es libre
 tiene intelijencia que lo alumbra
 I es de la envidia o interés esclavo
 I el velo no ha razgado que lo ofuzca.

Rei de la creacion i se destrozan
 Los unos a los otros, i procuran,
 Como el tigre sangriento del desierto,
 Devorarse feroces en la lucha.

I allí están los colosos esperando
 Que yá la triste humanidad sucumba
 Para echarles las nieves de su frente
 Que cual sudario fúnebre la cubra.

Pero sigamos pues; que no he venido
 A cantar el dolor i la amargura.
 Perdon si es viejo lo que he dicho ahora
 Talvez en digresiones importunas.

Sigamos pues: el aura estremeciendo
 Las ojas de los árboles, susurra
 I resuena en el bosque silencioso
 Como jemido lánguido de angustia.

El rio Mataquito se descubre
 Con su orilla cubierta de verdura
 I sus aguas que lentas se deslizan
 El nocturno silencio no perturban.

Un ruido vago, como aquel que forma
 El arrollo fugaz cuando murmura,
 Se siente al lado sur del alto cerro
 Que el Araucano con su fuente ocupa.

Es la tropa española que ha llegado
 I entre las ramas de la selva oculta
 Espera ansiosa que la luz del sol
 Para atacar al enemigo luzca.

Duerme entretanto de cuidado ajeno
 Glorias soñando i próspera fortuna,
 El Araucano jefe; mas de pronto
 Opaca sombra por su frente cruza.

Al momento sus ojos entreabre:
 La mano tiende i ajitado busca
 Alguna cosa que encontrar no puede
 I al punto el noble rostro se demuda.

Sus manos estendidas encontraron
 De un maza la yerta empuñadura:
 Tiembla todo su cuerpo al cruel influjo
 Del pavoroso sueño que lo turba.

Se erizan sus cabellos: por su frente
 Un sudor frio corre que lo inunda:
 Intenta hablar, pero apartar no puede
 El horroroso peso que lo abruma.

Un jóven que a su lado permaneco
Despierta entónces i el rumor escucha
Que formaba Lautaro i lo recuerda
I este despierta lleno de payura.

«Era un sueño horroroso, dice entónces
Con temblorosa voz, por una ruta
Desusada, escabrosa, me guiaba
Mi Amei-malghen de una selba oscura. (3)

«De repente me deja, el brazo tiendo
Para asirla otra vez i la huezuda
I yerta mano de Vrldivia encuentro
Que imprime en mí sus descarnadas uñas.

«Me dice entónces la vision sangrienta
Con voz de trueno resonante i brusca:
Tu muerte está cercana i a Santiago
No llegarás con tus guerreros nunca.

«Diciendo esto el fantasma desaparece
I me abandona solo en la espesura:
Yo no temo la muerte, mas con ella
De libertad mil planes se nos frustran».

Esto hablaba Lautaro, cuando suena
Bronco estampido que en redor retumba
Como el trueno horroroso cuando estalla
Entre las nubes con horrible furia.

Hubo un momento de terror i espanto
En el campo Araucano. Se acumulan.
Todos temblando sin saber que es esto;
Pero al punto en si vuelven. Con bravura

A las armas esclaman i se lanza
Al frajil muro la guerrera turba
Quien blandiendo una maza, quien un palo,
Quien fuerte lanza de acerada punta.

Quien sin mas armas que su heróico brio
I sus manos crispadas i desnudas,
Se avanza al enemigo que combate
Cubierto de brillantes armaduras.

¿Habeis visto encontrados huracanes
Que en los bosques se estrellan i se juntan
Con ímpetus contrarios, destrozando
Cuanto hai en torno a su tremenda pugna?

Con mas furor aun, con mas destrozo
Se traba la batalla furibunda
Entre los Araucanos i Españoles
Que cuerpo a cuerpo i dando gritos luchan.

Dardo i balas que en el aire silvan
Arrojan a los hombres, cual las lluvias
Cargadas de granizo por el suelo
Postran la llerba de los campos mustia.

A cada instante el bárbaro combate
Se muestra mas feroz. La muerte cruda
En uno i otro bando se ejercita
Cercenando cabezas con prezura.

Mayor aun que aquella con que corta
El labrador espigas. Nadie escusa
Al peligro eminente el noble pecho,
Que ni la sangre ni la muerte asusta.

Aquí dos combatientes se destrozan
Con bárbaro furor; acá sepultan
La larga espada en un membrudo cuerpo
Que como vieja torre se derrumba.

Allí una maza un araucano eleva
Que en átomos pequeños desmenuza
La cabeza en que cae: allá ruedan
Entre el polvo i la sangre que circunda

El lugar del combate, dos guerreros
Que rotas ya las armas se aseguran
De sus cuellos desnudos para ahogarse
Entre sus brazos fieros. Con zañuda

Ira descargan furibundos golpes
Por una i otra parte. Con agudas
Voces las trompas a deguello tocan
I caen las cabezas una a una.

I en tanto el sol que en el oriente asoma,
Derramando en la tierra lumbre pura,
Al verla así de tanto horror cubierta
Sus benéficos rayos no rehusa.

En todas partes por do quier se muestra
El peligro mayor: allá oportuna
Con voz i ejemplo que el valor incitan,
Lleva Lautaro su potente ayuda.

I allí en el polvo que la sangre riega
Serenos el rostro que el valor anuncia,
Allí está siempre con valor blandiendo
Su formidable espada. Mas convulsa

Su mano se abre i en la tierra cae
I él tambien al instante. Flecha aguda
Su pecho ha traspasado.... Ya no tienen
Los Araucanos esperanza alguna.

A los que lo rodean el les dice
 Con voz escasa, débil, moribunda,
 Pero valiente aun i que en su estado
 Parece mas profética i augústa:

« Vida es la muerte si en el campo viene
 Dose combate por la patria amada:
 Vida inmortal que en la memoria tiene
 De todos siempre con amor guardada.

« Pelead, mis compañeros, la victoria
 Alcanzareis a tan gloriosa muerte
 No se diga jamas en nuestra historia
 Que el valor nos faltó mas sí la suerte.

Mi fin se acerca, pero sin amparo
 No os creerá mucho tiempo el Castellano:
 Que donde muere un mísero Lautaro
 Se alzarán ciento contra tal tirano.

« Suelo querido, Arauco, patria mia,
 Que a mis padres i a mí viste nacer,
 Si no supe estirpar la tirania,
 Ve a lo ménos que supe perecer

« Combatiendo por tí. Jamas tu suelo
 Será el botin de los conquistadores,
 Porque tus hijos cubrirán de duelo
 A los que intenten ser tus opresores.

« Cuando la libertad vagare errante
 Por los viles tiranos perseguida,
 En tus bosques amenos, anhelante
 Vendrá a buscar descanso i acogida.

« Tú le abriras tus brazos i en tu seno
 Olvidará tranquila su afliccion.
 Solo al pensarlo, de alegría lleno
 Siento latir ardiente el corazon.”

Interrumpe a Lautaro un Araucano
 Que dice con vergüenza que asegura
 El Español la vida, si se rinden,
 A todos los guerreros. Continúa

Lautaro entónces con furor: «La vida
 No conserveis, amigos, a tal precio,
 Que nuestros hijos con honor perdida
 La lloren no cargada de desprecio.

«No os rindais, compañeros, que la muerte
 En vuestros puestos os encuentre hijos;
 Que a la patria noticias de la suerte
 Los cuervos dén de sus valientes hijos.

«I así sobre los restos descarnados
De nuestros cuerpos lágrimas caerán,
I cuál los de los mártires sagrados
De nuestra libertad, los guardarán.

«Pelead, amigos, que la patria llora:
Pelead por ella, amad la libertad:
Ved que doliente i aflijido implora
Que al déspota acabemos. ¡Ah! marchad,

«Porque no hai fuerza en mis rendidos brazos
Teniendo tanta fuerza el corazon
I no poder marchar: ¡Ah! yo en pedazos
Destrozaria el Español dependon.

«No os rindais; Araucanos; una a una
Caigan nuestras cabezas defendiendo
La libertad divina que en la cuna
Al nacer recibimos: No el estruendo

«Del cañon intimide al Araucano
Por la esperanza de salvar la vida:
Al yugo no se entregue del tirano
Vendiendo así la libertad querida.

«Amad la libertad! siempre por ella
Mil muertes arrastrad. No por dinero,
Infames, la vendais i no por bella
Promesa la entregueis al extranjero.

«Del yugo no sufrais el peso grave
Que nada soportándolo consuela.
Sed libres como el aire, como el ave,
Como esta alma feliz que libre vuela.....”

Dijo i sus nobles párpados cayeron
I el corazon valiente que latia
Inmóvil se quedó. Pálida, fria
Esta la frente audaz en que nacieron

Tan grandes pensamientos. Se perdieron,
Con él mil esperanzas. Aquel dia
Fuera a los Españoles de alegría,
Pues tan gran enemigo destruyeron.

La muerte que lo arranca i nos aterra
Parece que quisiera que quedase
Lugar para otros, héroes de la guerra,
O cual la Providencia decretase
Que se hundiese ese sol de nuestra tierra
Para que estrella pálida brillase.

Diciembre de 1847.

GUILLERMO BLEST GANA.

NOTAS-

(1) Pedro Billagran se alojó en un prado bajo a orillas del río Mataquito. El general Araucano, ocupada una montaña vacina, intentó inundar de noche los cuarteles Españoles, echando sobre ellos un brazo de río.

Molina *Historia de Chile*, Tomo II.

(2) Jente sin Dios, ni lei, aunque respeta
Aquel que fué del cielo derribado.

Ercilla. *Araucana*.

(3) Amei—malghen. Ninfa espiritual o anjel benéfico. Todos los Araucanos creen tener una i dicen: siempre que salen bien en algun negocio *Nien cai ñi Amchi-Malghen*, yo tengo aun mi ninfa.